

está a punto de consumir lo humano para adaptar lo mecánico.

¡El dinero! el dinero y el dinero. ¡Todo el mundo no tiene otra preocupación: aplastar la realidad humana. El amor mismo no es sino una máquina de besos.»

«Dadles dinero para que le corten la cola al mundo. Dadles dinero, dinero y dinero para disolver todo el nervio de la humanidad y no dejar sino pequeñas máquinas trepidantes.»

En estas frases está sintetizada la idea primordial de Lawrence sobre el amor. No le bastaba mostrar artísticamente, como Lemonnier y los naturalistas la verdad sobre el amor y su decadencia en la época actual. No, él se consideraba un médico del espíritu. No era suficiente mostrar la llaga, sino tratar de curarla por todos los medios a su alcance.

Según la exacta expresión de Catalina Mansfield, Lawrence fué un *eye-opener*, es decir, el profeta, el que abre los ojos y muestra la verdad a los que no quieren verla. Era de la pasta de los apóstoles. De esos hombres que pueden ser vencidos, pero que no se consuelan dejando al mundo tal como lo han encontrado.

He aquí la divergencia más visible de su arte con el procedimiento semi-clínico de los naturalistas.

En las escenas más crudas de sus novelas aparece siempre este sentido místico que lo aleja de la pornografía y da a sus creaciones un iluminado fervor catequista. No es un simple espectador del drama de la vida, sino un redentor, un visiona-

rio, que trata de llevar a la humanidad desconcertada por el verdadero camino del amor.—*Mariano Latorre*.

RONQUERA DE VIENTO, por *Rafael Ulises Peláez*.

Este libro es uno de los libros de más descuidada impresión que se hayan hecho en hispanoamérica. Una tapa horrible, donde el nombre del autor está borrado en parte, indica ya al lector lo que sucederá. Siguen, en el texto, unos dibujos que no desmerecen de la tapa. El libro no tiene indicación alguna de la ciudad en que se imprimió, sólo tiene fecha y pie de imprenta, y si no fuera por el carácter inconfundible de la obra y porque el autor fecha su manuscrito en Oruro, 24 de Febrero de 1931, no sabríamos dónde se hizo ni dónde es escribió.

Es el libro de un cuentista boliviano. Suponemos que será joven. Es un libro curioso, no por lo que contiene, que también lo es, sino por la calidad variable que presenta. El autor domina muy bien ciertas partes del cuento; en otras, fracasa lamentablemente. Ejemplo:

Dos cosas tengo grabadas en el recuerdo: el amanecer de un día de llovizna, opaco y lacrimoso, en que un minero alcoholizado me entregó a mis patronos; y la casa cenicienta que levantaba su mole como un mausoleo sobre una colina gris. Estas dos impresiones, posteriormente, han columbrado en mi espíritu, como el relámpagueo tenue de esas lejanas tormentas que se cimbran sobre los cerros del confín.

Al querer coordinar ese enmarañado conjunto de sensaciones que se atropellan en el recuerdo, llego a conclusiones vagas, inseguras, paliduchas ya, por el tiempo que pasó: aquel minero borracho, cuyo poncho saturado de chicha, me mareaba ahogándome, atosigando ni pobre sensibilidad de niño hambriento, era mi padre; su figura se presenta inseparable de ese olor característico: mezcla del hálito desvelado y de tragos de fermento.

En este párrafo hay partes que están bien y partes que no lo están. Al autor le falta selección, gusto, o, tal vez, paciencia para encontrar la frase adecuada. Creemos que le falta lo primero. El párrafo siguiente nos hace pensar esto:

—Y bien amigo—díjeme—¿qué me cuenta de su vida apacible como remanso de río bullidor!

Con estas palabras se dirige a un cantinero. Y el cantinero, en lugar de contestarle como un cantinero debería contestar dice:

—Vea amigo, mi vida es extraña porque estoy en suspenso de lo que quiere contarme la noche, cuando la luna burila exóticas figuras en la arena o cuando la tempestad chasquea latigazos de fuego sobre la pampa sumisa; pero mis oídos se han aguzado, todo mi ser vibra como hilo telegráfico y puedo decirle que he llegado a comprender ese lenguaje sencillo de los elementos...

Ignoramos si la gente boliviana, especialmente los cantineros como el que habla, *viejo y magro, borracho y cuentero*, se expresa en esa forma. De ser así, valdría la pena hacer un viaje a Bolivia. Pero, no. Es el autor el que habla así, el au-

tor, que padece un poco de incontinencia verbal. Y es lástima, pues demuestra, especialmente en el primer cuento, poseer cualidades estimables para el cultivo del cuento. Si eligiera mejor las palabras y si echara a un lado los temas pobres que figuran en este libro, su labor ganaría enormemente.—*M. R.*

LA LUCIÉRNAGA, por *Mariano Azuela.*

El gran Azuela de «Los de Abajo» nos presenta en esta pequeña novela una nueva y curiosa faceta de su temperamento de escritor. La técnica del libro es muy diversa del lenguaje preciso y de riguroso contorno de aquella epopeya. Azuela es médico y mucho de sueño, de introspección psicológica, de estados morbosos en individuos normales, dan la atmósfera de este libro y explican la buscada obscuridad de algunos fragmentos. Como realización técnica es una de las obras de factura más moderna que conocemos en la Literatura hispanoamericana de hoy, tan apegada todavía a los viejos cánones de la novela. Azuela es en la Literatura del Continente un descubridor de nuevas dimensiones, y asombra su audacia si pensamos que es un hombre de más de 50 años, edad en que los escritores criollos se nos presentan friamente estratificados. En Azuela cada obra va siendo una exploración hacia lo desconocido, y su profundo secreto es buscar la complicación, lo extraordinario, en personajes que bajo la pluma de cualquier otro escritor